

que había trabajado para preparar la habi- (p. XXI). En el prólogo del volumen refie-

ta, citation and similar papers at [core.ac.uk](http://core.ac.uk)

brought to you

provided by Dadun, Uni

*Lexikon für Theologie und Kirche* (Joaquín de Fiore y Gerardo de Borgo San Donnino). En esos textos se abordan cuestiones como el primado del Papa, la iluminación cognoscitiva, la relación entre Revelación, Escritura y Tradición, entre verdad e historia, entre *auctoritas*, *fides* y *ratio*, entre ciencia natural y teología, etc.

En la última parte se reúnen algunos escritos más breves, relacionados con el mismo san Buenaventura o con otros autores medievales. Se trata de nueve reseñas y varios prólogos, cuya publicación comprende un arco de más de veinte años de su vida académica. Este conjunto pone de manifiesto que el interés de Ratzinger por san Buenaventura no quedó limitado a una investigación de juventud sino que ha permanecido vivo a lo largo de los años, y puede decirse que es una de las fuentes que inspiran su pensamiento teológico.

En el conjunto del libro es preciso destacar la oportunidad de conocer completo el primer trabajo presentado por Ratzinger para la habilitación a cátedra. Como explica el propio autor, ahora no pretendía actualizar su contenido, sino ofrecer «una edición “histórica” que presentara un texto de una época muy anterior tal y como fue redactado, dejando a la investigación especializada la cuestión de en qué medida quepa sacar provecho de él todavía hoy»

vación (...) se había convertido en el punto candente del interés teológico», «si en la teología neoescolástica la revelación se había entendido esencialmente como comunicación divina de misterios que son inaccesibles al entendimiento humano, ahora se veía la revelación como automanifestación de Dios por la vía de la acción histórica, y la historia de la salvación como elemento central de la revelación» (pp. XXII-XXIII). Esta «pregunta por la esencia de la revelación y de su modo de hacerse presente (...) sigue siendo hoy urgente, e incluso quizá se haya vuelto más urgente todavía» (p. XXV). En la investigación que llevó a cabo se combinan admirablemente el método histórico-filológico con el análisis sistemático: Ratzinger invita a un gran teólogo del siglo XIII a participar en los debates actuales, estableciendo las condiciones que hacen posible salvar la distancia de siete siglos. Por otra parte, como apunta la Prof. Schlosser, el trabajo ofrece el valor añadido de plantear las cuestiones en un contexto ecuménico, particularmente en el ámbito del diálogo entre católicos y reformados (p. XXIX). Por eso la lectura de esta obra no sólo interesará a especialistas en teología medieval, sino a un espectro mucho más amplio de estudiosos.

Isabel M. LEÓN

---

**Rémi BRAGUE**, *Sobre el Dios de los cristianos. Y sobre uno o dos más*, Madrid: BAC, 2014, 183 pp., 13,5 x 20, ISBN 978-84-220-1700-4.

Reconocido especialista en pensamiento medieval cristiano, judío y musulmán, Rémi Brague, de cuya erudición y agudeza dan prueba *La sabiduría del mundo* (2002) y

*En medio de la Edad Media: filosofías medievales en la cristiandad, el judaísmo y el islam* (2013), ofrece en el presente libro un conjunto de reflexiones elaboradas a lo largo

de más de treinta años, referentes a la imagen de Dios que tienen los «tres» «monoteísmos», deteniéndose en su específica manera de acercarse a él, de ser con él y con su creación, y analizando con finura si de verdad se trata del mismo dios. No es la finalidad de este libro dar la última palabra sobre estos asuntos, sino ser una investigación rigurosa que eche luz sobre comunes confusiones en temas tan delicados, plantándose –a fin de dialogar genuinamente con el judaísmo y el islam–, desde una actitud filosófica, en el terreno que el autor conoce mejor, el cristianismo.

El texto comienza con un rastreo sobre la noción de monoteísmo, acuñada en 1660 por el inglés Henry More, que el autor titula «Para terminar con tres tríos». Brague rechaza aquí que se trate de un concepto *esencialmente* religioso, señalando su originaria naturaleza filosófica. Esto se hace visible cuando se argumenta, o simplemente se concibe, que existe un solo dios, sin que ello conlleve una actitud religiosa, como en Aristóteles y el deísmo ilustrado; situación a la que se añade la pregunta de si puede existir un politeísmo tan radical que no cuente entre sus posibilidades poder establecer un principio de unidad del que participen las divinidades, que lo convertiría a fin de cuentas en un monoteísmo. Para el autor, la cuestión no es si Dios es uno, sino cómo es uno según cada religión. Brague señala que cada una tiene su propia valoración de los personajes comunes, Abrahán por ejemplo, que juega su papel en la autoconcepción de cada una como la religión verdadera, y que tiene su origen en el distinto libro sagrado que –suele decirse– las tres «comparten». De este modo, Brague rechaza la total identidad de tres elementos que suelen imponerse como comunes a las tres religiones: mismo dios, mismo Abrahán y mismo libro sagrado.

El apartado «Conocer a Dios», consiste en una reflexión sobre lo que significa el conocimiento y sobre lo que podría signifi-

car conocer a Dios. Metodológicamente, señala Brague, conviene decidir cómo abordar a Dios: si como un ente cualquiera o como una *persona*. Desde el cristianismo, el autor sostiene que deberíamos referirnos a él como *más que personal*. Por ello, si Dios es más que una persona, conviene dejarlo presentarse libremente, y no tratarlo como un objeto dado disponible al intelecto, sino buscarlo con la fe. El tercer capítulo («Un Dios uno») se detiene más profundamente en lo que ya se había adelantado en el primero: sólo existe Dios, quien es sustancialmente uno en virtud del amor. Así, no queda más que acercársele desde el amor, que respeta la diferencia y la distancia entre el amante y el amado. En «Un Dios padre», Brague analiza qué significa decir que Dios es Padre, no en el sentido estrictamente trinitario, sino en su relación viva y personal con la creación. El análisis del autor pasa por revisar la *sexualidad* y *virilidad* de Dios, sobre las que concluye que no se trata de determinaciones esenciales de éste, sino de una suerte de metáforas que ilustran la relación entre Dios y el hombre. Dios es Padre sin ser sexuado pues no hay necesidad de ello en el acto de la creación.

La quinta parte («Un Dios que ha dicho todo») se centra en el misterio de la revelación, el silencio y la palabra divinos. Dios *habla encarnándose* en la historia, mientras espera respetuoso la respuesta del hombre. El sexto capítulo («Un Dios que no nos pide nada»), nos aclara que el cristianismo no sólo no es una teología política, sino que tampoco se trata de una moral, por mucho que tenga consecuencias de este tipo. El hombre tiene la capacidad de descubrir por sí mismo cómo debería conducirse en la existencia. Dios no *pide* nada a los hombres, pues no se trata de un dictador, sino que *espera* que ellos encuentren libremente cómo actuar. La fe es el único don de Dios que se da solamente al hombre, pues atañe directamente a lo más propio de él, su libertad.

En la última parte («Un Dios que perdona los pecados»), Brague analiza el problema del mal en el hombre y la relación indisoluble entre pecado y perdón. Tanto el pecado como el perdón son actos de un individuo, de una *persona*, que pasan por la dimensión del amor a Dios, al prójimo y a sí mismo.

Como el mismo Brague explica en la introducción a la obra, el lector encontra-

rará en estas páginas una puntual investigación sobre temas que no siempre están del todo claros para los legos en teología, desde un razonamiento que bebe de variadas fuentes filosóficas. Se trata, en fin, de un trabajo muy pertinente en medio de tanta ignorancia y confusión que sobre asuntos de fe se yerguen.

David CARRANZA

**Kurt Koch**, *La Iglesia de Dios. Comunión en el misterio de la fe*, Santander: Sal Terrae («Presencia teológica», 221), 2015, 278 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-293-2418-1.

El autor ha sido catedrático de teología dogmática en Lucerna y obispo de la diócesis de Basilea (1995-2010) y presidente de la Conferencia Episcopal Helvética de 2007 a 2009. Un año después era nombrado presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y creado cardenal por Benedicto XVI; después, confirmado en el cargo por el papa Francisco en 2014. La bibliografía empleada se refiere sobre todo a la teología de ámbito centroeuropeo en lengua alemana, si bien aparecen frecuentes referencias al mundo francés, sobre todo de autores anteriores al Vaticano II. El presente texto fue redactado mientras era obispo de Basilea, en el que abogaba por una reforma y renovación de la Iglesia. Como era de esperar, este ensayo contiene no sólo una reflexión sobre la Iglesia católica, sino que muestra una clara sensibilidad ecuménica, dada también la procedencia de Koch. Además, supone una interesante reflexión sobre su propia experiencia docente y pastoral, junto con una detenida atención a la Escritura, las investigaciones exegéticas y los escritos de teólogos de todas las confesiones cristianas.

De esta forma, este desarrollo destaca la dimensión trinitaria de la Iglesia –tal como hace el primer capítulo de la *Lumen gentium*–, donde ésta es vista como pueblo de Dios y cuerpo de Cristo al mismo tiempo. Además, profundiza en los aspectos cristológico y pneumatológico, sacramental, apostólico y mariano. En la entraña de esta visión eclesiológica, se encuentran pues los sacramentos del bautismo y la confirmación (como signo de la llamada universal a la santidad y al apostolado: cfr. LG V) y la Eucaristía como la culminación de todo el itinerario sacramental. En este sentido, resulta ilustradora la reflexión sobre el papel (central) de los laicos en la Iglesia. Nos encontramos pues ante una eclesiológica pluridimensional: eucarística, al entender la Iglesia como «red de comunidades eucarísticas» y como comunión de Iglesias. En este sentido, Koch desarrolla una eclesiología de la Iglesia local, donde ésta es Iglesia pero no toda la Iglesia; la Iglesia vive en la comunidad local, pero no se agota en ella. En este sentido, resulta esclarecedora –en la línea que lo hizo el Vaticano II– la armonización necesariamente complementaria entre Pablo y Pedro, epis-